

I. LA NUEVA VISIÓN DE LA HISTORIA ANTIGUA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA EN LA OBRA DE ABILIO BARBERO Y MARCELO VIGIL

DOMINGO PLÁCIDO

NO PUEDE NEGARSE que *La formación del feudalismo en la Península Ibérica* se escribió en un momento de profunda renovación metodológica y teórica de los estudios de la antigüedad, coincidente con la que se lleva a cabo en otros ámbitos de los estudios históricos. También coincide con un fuerte impulso de los estudios de Historia Antigua dado con presupuestos teóricos diferentes, menos renovadores en el plano metodológico, como son los de Blázquez, Presedo y Montenegro, valiosos como modo de hacer avanzar y aumentar los conocimientos. Además, tanto la renovación como el nuevo impulso intensivo se apoyaban en el desarrollo anterior, promovido desde perspectivas variadas, como las de García y Bellido, Ferrari, Viñas, Montero, Valdeavellano, o Santaolaya. Ahora bien, naturalmente, situar en su época los progresos de la historiografía, como los acontecimientos de la historia misma, no significa negar, sino más bien potenciar, su valor como hitos en la orientación de los estudios sobre la antigüedad. De ese modo es como se resalta el ambiente real en que nace la que está enunciada en el título como «nueva visión». De la misma manera, no es posible pasar por alto los progresos que se dan en esos tiempos en diversas escuelas de estudios sobre la antigüedad en países como Francia, Italia e Inglaterra principalmente, a partir del magisterio de figuras como Pierre Lévêque, Santo Mazzarino o Ranuccio Bianchi-Bandinelli, George Thomson y E.A. Thompson.

Es preciso, para dar una valoración, tener en cuenta la obra individual y la de conjunto de ambos historiadores objeto ahora de análisis. Naturalmente, como obra individual, desde la perspectiva de la Historia Antigua, estará más presente la de Marcelo Vigil, dada su especialidad académica, pero, igual que éste, Abilio Barbero era un historiador que tendía como objetivo a la totalidad y por ello también sus trabajos como medievalista aportaron luz al conoci-

miento y comprensión de la antigüedad. Sólo así alcanza toda su dimensión la elaboración por él llevada a cabo del concepto de patrocinio como resultado de la convergencia entre los sistemas clientelares propios del mundo germánico y del mundo indígena, dentro del desarrollo del régimen antiguo que sirve de base a la constitución del vocabulario esclavista para desembocar en la definición del feudalismo¹. Ahora bien, el resultado es la confluencia de las especialidades de uno y otro hacia la elaboración de la mencionada renovación general de la Historia Antigua de la Península Ibérica, en la dinámica misma que permite entender, paralela y coincidentemente, el mundo medieval, como partes de una sola realidad integradora.

De este modo, el estudio de la renovación llevada a cabo en su obra puede individualizarse en aspectos concretos, pero adquiere todo su sentido cuando se proyecta en esa aspiración integradora de los conocimientos, para alcanzar un conjunto interpretativo coherente en el todo y articulado en sus partes. Tal perspectiva es la misma que a ellos les permitió plantear la necesidad de revisar datos arqueológicos, a partir del análisis no mecanicista de los datos textuales, o de enriquecer la historia local por medio de la impresión obtenida en el conocimiento del mundo clásico en su dimensión universal.

Ello es posible gracias a que su visión de la Historia de la España Antigua está dominada por una preocupación de carácter totalizador, la de entender cómo se disuelve la comunidad primitiva, problema que naturalmente encuentra el laboratorio de estudio en la Península Ibérica en una doble dirección metodológica, la que parte del estudio de la Península Ibérica para desembocar en la misma Península Ibérica a través de preocupaciones históricas y teóricas de carácter universal y la que desde preocupaciones universalistas tiende a la comprensión universal de la Historia a través del estudio específico de la Península Ibérica. Los temas son aquí múltiples, pero la preocupación epistemológica es única. Las manifestaciones factuales concretas son muy diversas, en una historia donde preocupan las relaciones entre los hombres como objetivo teórico. En definitiva, precisamente en ese tema que sirve a Barbero y Vigil de hilo conductor en sus estudios específicos, el de la disolución de la comunidad primitiva, es donde hay que situar el origen de las formaciones históricas que, sometidas a profundos cambios y a manifestaciones peculiares, configuran los fundamentos políticos de las relaciones sociales que sostienen los hombres entre sí a lo largo de los tiempos históricamente conocidos. En él se encuentra el origen de la ciudad y del estado y de las relaciones clasistas de explotación. De ahí que haya servido de inspiración y guía a historiadores, docentes e investigadores, preocupados de modo directo por diferentes épocas de la historia universal o de España. Efectivamente, una obra histórica adquiere todo su sentido cuando hay que consultarla para estudiar temas diferentes, como la de Hobsbawn, la de Thomson, la de Mazarino, como la de Vigil y Barbero, que resulta imprescindible para cualquier investigador o docente de la Historia sean cuales fueren sus preocupaciones inmediatas.

Ello se debe a que en esta obra se trata siempre de tocar el tema clave, de responder a la pregunta fundamental, la que lleva a buscar la explicación de la explotación del hombre por el hombre a partir de circunstancias históricas concretas. Así es posible penetrar también en la cuestión que, en definitiva, inspira

¹ BARBERO, Abilio: *La sociedad visigoda y su entorno histórico*. Madrid, Siglo XXI, 1992, 221-3.

toda preocupación histórica, en el origen de los cambios, el punto de partida de las transformaciones que, desde ese momento teórico, no dejan de sucederse, en la relación dinámica entre explotación y resistencia, sometidas a cambios coyunturales. Es así como se puede tender a llegar a la meta que pretende alcanzar a comprender, a través de la historia, el carácter absolutamente dinámico y sometido a tensiones de las formas en que hoy los hombres se relacionan mutuamente, para evitar de este modo cualquier tentación de concebir el presente como punto final de las transformaciones sociales². Así, la obra adquiere un valor directamente vinculado a los esfuerzos del hombre para comprender su propio escenario histórico. Las relaciones sociales son el producto de las transformaciones sociales de los hombres mismos, iniciadas a partir del momento teórico de la disolución de la comunidad primitiva. La Historia de España Antigua pasa a ser así Historia Universal en sus dimensiones espaciales y temporales.

Ahora bien, la comunidad se disuelve por varios caminos, según las épocas y las diversas relaciones de los pueblos entre sí. En la obra de síntesis de Marcelo Vigil³, la historia de la España prerromana enlaza con la presencia romana a través de una serie de procesos en que la evolución propia y la influencia externa constituyen un todo, capaz de superar la dicotomía entre evolucionismo y difusionismo. Las comunidades de aldeas y la organización gentilicia evolucionan por la propia dinámica interna de la sociedad, pero tal evolución se ve interferida y potenciada.

Presencia romana y lengua latina intervienen simultáneamente en dos ámbitos distintos de la misma realidad. Las formas de *hospitium* tienden así a transformarse en formas de dependencia, ámbito de clientelas nuevas, con lo que el término latino se llena de nuevo contenido al paso de la evolución histórica. Las instituciones indígenas se modelan de acuerdo con los contactos con púnicos y romanos (pág. 239). La organización gentilicia se revela como una institución dinámica que sirve de cauce para la nueva estructuración de las clases. Antes, también la presencia colonial de los fenicios y la de los griegos han desempeñado un papel similar, pero se entienden como manifestaciones de un mismo fenómeno (pág. 216), dentro de la dinámica unitaria de los viajes precoloniales, problemática ésta de fértiles resultados en tiempos ulteriores. En cambio, la antigua distinción que pretendía explicar los fenómenos sobre la base de las diferencias «nacionalistas» entre griegos y fenicios queda desvirtuada ya en la obra de Vigil. Efectivamente, sólo las Guerras Médicas crearán las condiciones para que los griegos cobren conciencia «nacional» frente a los bárbaros y rechacen, en consecuencia, toda vinculación de sus propios viajes con los de los otros. Las empresas están sometidas a las rivalidades económicas propias del Mediterráneo arcaico entre viajeros concretos, o entre ciudades, no entre comunidades étnicas. De hecho, las colaboraciones entre éstas son cada vez más evidentes en todos los planos, con lo que pueden explicarse muchos fenómenos, antes ocultos por las pretensiones de percibir rivalidades nacionales en los viajes y en las fundaciones coloniales. En esa perspectiva intuye Vigil

² FONTANA, Josep: *La historia después del fin de la historia*. Barcelona, Crítica, 1992, 155 págs.

³ CABO, Angel, VIGIL, Marcelo: *Historia de España Alfaguara. I. Condicionamiento geográficos. Edad Antigua*. Madrid, Alianza Editorial-Alfaguara, 1973, 450 págs.; PLACIDO, Domingo: «La cuestión del esclavismo antiguo. El caso de las sociedades hispanas», *Historia social*, 20, 1994, 5-22.

(pág. 223) la funcionalidad de la Vía Heraclea y del sincretismo posteriormente afirmado, al llegar a convertirse el Heracles Tirio y el Heracles Tebano en el eje de los intercambios en las costas peninsulares. Es el resultado de percibir la importancia de las vías del comercio griego por donde también están presentes los fenicios, lo que explica muchas aparentes contradicciones entre datos legendarios y datos arqueológicos. Esta perspectiva, no racista, se extiende a toda la historia, donde siempre la organización social prima por encima de los caracteres étnicos, en las preocupaciones del autor por estudiar los pueblos peninsulares.

Marcelo Vigil integra de ese modo la teoría de las rivalidades entre pueblos ibéricos de Rodríguez Adrados⁴, en la dinámica promovida por la presencia púnica y romana y por los conflictos imperialistas, que potencian las instituciones locales bajo la rivalidad de los pretendientes a la hegemonía militar y cultural, así como las especulaciones sobre la realeza tartésica de Caro Baroja⁵, para darle al todo una coherencia, que se ha visto prolongada por los estudios de Julio Mangas⁶ y llevadas hasta sus últimas consecuencias por Arturo Ruiz y Manuel Molinos⁷, en el aspecto que proyecta la dependencia colectiva bajo la institución regia, o por Martín Almagro-Gorbea⁸, en el aspecto sacro de la realeza, con base en sus recientes estudios arqueológicos de posibles templos palacios de época tartésica. La institución del estado sólo se entiende, con todo, en relación dinámica con la presencia colonial, potenciadora igualmente de las ciudades, modo primitivo de disolución inicial de la comunidad. La presencia griega y fenicia favorecen la heterogeneidad peninsular, frente a lo que ocurrirá con la presencia romana y con su tendencia a la formación de un estado unido bajo la hegemonía del sistema esclavista.

Lo mismo ocurrió con la teoría del *hospitium* y la *fides* de Ramos Loscertales⁹, para que así se perciban los aspectos dinámicos del proceso de disolución de la comunidad primitiva, como ámbito de nuevas relaciones de dependencia, o con los estudios del bandolerismo y los fundamentos del mercenariado de García y Bellido¹⁰, integrados ahora en una concepción global de las relaciones entre conquistadores y conquistados. Del mismo modo, en esa coherencia se pudo potenciar la comprensión de la inscripción de Emilio Paulo acerca de la

⁴ RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco: «Las rivalidades de las tribus del N.E. español y la conquista romana», *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*. Madrid, CSIC, 1950, I, 563-587.

⁵ CARO BAROJA, Julio: «La «realeza» y los reyes en la España antigua», en TOVAR, Antonio, CARO BAROJA, Julio: *Estudios sobre la España antigua*. Madrid, Cuadernos de la Fundación Pastor, 17, 1971, 51-159.

⁶ MANGAS, Julio: «Servidumbre comunitaria en la Bética prerromana», *Memorias de Historia Antigua*, 1, 1977, 151-161.

⁷ RUIZ, Arturo, MOLINOS, Manuel: *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona, Crítica, 1993, 330 págs, donde se contiene una visión de conjunto del actual estado de la cuestión.

⁸ ALMAGRO GORBEA, Martín: «Tarteso desde sus áreas de influencia: la sociedad palacial en la Península Ibérica», en ALVAR, Jaime, BLÁZQUEZ, José M^o: *Los enigmas de Tarteso*. Madrid, Cátedra, 1993, 139-161; *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Madrid, Real Academia de la Historia, 1996, 174 págs.

⁹ RAMOS LOSCERTALES, M.: «Hospicio y clientela en la España céltica», *Emerita*, 10, 1942, 308-337.

¹⁰ GARCÍA Y BELLIDO, Antonio: «Bandas y guerrillas en las luchas con Roma», *Hispania*, 5, 1945, luego en *Conflictos y estructuras sociales en la Hispania antigua*. Madrid, Akal, 1977, 13-60.

Torre Lascutana. Aparece a partir de aquí como reflejo de formas de dependencia de tipo clientelar, que pueden percibirse a la manera de las dependencias hilóticas en la formación de estructuras rígidas, pero que aquí resultan adecuadas, en cualquier caso, a los modos de disolución, en sociedades prerromanas, de la comunidad primitiva, entendidas como relación peculiar de tales sociedades, posteriormente alteradas por la presencia romana. La proyección de este modo de interpretación ha sido inmensa, como puede verse en las consideraciones hechas por M^a José Hidalgo, en un trabajo reciente¹¹.

El comportamiento romano no resulta siempre unitario, pues las realidades previas imponen formas distintas, que condicionan los mecanismos de creación de un imperialismo extremadamente complejo. Las nuevas dependencias se erigen sobre un panorama variado que impone diferentes mecanismos de actuación¹². Todo ello configura una Historia de España Antigua unitaria, al integrar la heterogeneidad de los hechos en una sola visión de conjunto. La Hispania romana aparece así como resultado del proceso contradictorio entre homogeneización y heterogeneidad¹³. El carácter homogéneo, en efecto, resulta real únicamente en un panorama que permite seguir las historias particulares de las regiones, sólo explicables a su vez en la nueva homogeneidad. En definitiva, la historia de la sociedad romana en su conjunto es la de la formación de una coherencia unitaria en el ámbito de la continuidad de las historias locales. En lo concreto, la historia del Imperio es la historia particular de cada región, interpretada en la coherencia que el esclavismo impone sobre múltiples modos de producción, condicionados en su funcionamiento por aquél.

La romanización también se concibe como un solo proceso, de conquista, latinización, monumentalización, porque en realidad se trata de un proceso social que se desenvuelve entre el indigenismo y la sociedad hispanorromana. Verdaderamente se trata en efecto de un solo proceso social, pero con muchas caras y muchas facetas, sin que la integración signifique homogeneización en el modo concreto de organizarse cada sociedad. Las diferencias persisten dentro de un todo coherente. La ruptura de la cohesión social, ya alterada en ocasiones, conduce a la creación de nuevas formaciones sociales que se asimilan en su relación con el Imperio.

Al otro lado del espectro temporal, la crisis de la sociedad antigua aparece como aglutinante de factores nuevos y viejos¹⁴. También aquí importa la disolución de la comunidad primitiva, por la conservación de los elementos prerromanos y por la aparición de los factores de que eran portadores los bárbaros. La pervivencia de las sociedades gentilicias se integra en el dinamismo de la versión hispana del esclavismo antiguo, en las formas de organización de las comunida-

¹¹ HIDALGO, M^aJosé: «El bronce de Lascuta: un balance historiográfico», *Studia Historica. Historia Antigua*, 7, 1989, 59-65; PLÁCIDO, Domingo: «Formas de dependencia en Hispania», en BLÁZQUEZ, José M^a, ALVAR, Jaime: *La romanización en Occidente*. Madrid, Actas, 1996, 201-215.

¹² VIGIL, Marcelo: «Romanización y permanencia de estructuras sociales indígenas en la España septentrional», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 152, 1963, 225-234; luego en *Conflictos y estructuras sociales en la Hispania antigua*. Madrid, Akal, 1977, 129-137.

¹³ VIGIL, Marcelo: *Historia de España Alfohuara. I. Edad Antigua*. Madrid, Alianza Editorial-Alfohuara, 1973, pág. 187.

¹⁴ VIGIL, Marcelo: «La Península Ibérica y el final del mundo antiguo», en GÓMEZ TABANERA, José Manuel, ed.: *Las raíces de España*. Madrid, Instituto Español de Antropología Aplicada, 1967, 238-301.

des y de los asentamientos dentro del ámbito romano e incluso de la ciudad. Por ello tiene tanta proyección el sistema representado por las gentilidades en el mundo reflejado en las inscripciones latinas, o el fenómeno de los asentamientos de las comunidades primitivas en *castella*. Los estudios posteriores sobre organizaciones indígenas han servido para aclarar cuestiones concretas¹⁵, pero nunca deben perder de vista el carácter totalizador y dinámico de la interpretación de Vigil y Barbero, porque en ella se hace evidente que no se trata de realidades estáticas, sino de formas dinámicas de proceder, en ámbito prerromano y en ámbito romano. Toda discusión debería de participar de esta visión globalizadora de las organizaciones indígenas, como parte de una realidad en movimiento¹⁶.

Así se integra también la concepción del *limes*, en la visión global de las relaciones entre los romanos y las organizaciones preestatales que pueden existir dentro del territorio del imperio, incluso dentro de Italia. El control romano significa la dominación de un sistema en la totalidad, no el carácter romano de cada parte del territorio y de cada una de las poblaciones del imperio. Hoy se sabe que hasta dentro de territorios centuriados hay parcelas que conservan caracteres propios de comunidades prerromanas¹⁷. El concepto de continuidad es muy amplio, en una realidad geográfica tan amplia como la del Imperio romano.

Algunos han querido ver la disyuntiva *gens / civitas* como el reflejo de dos categorías diferentes en la definición de las comunidades, extrapolítica y política respectivamente, dentro del desarrollo de la Historia de España Antigua¹⁸. Seguramente es más histórica la consideración de Vigil y Barbero, que integra ambas manifestaciones de las formas de organización social dentro de una sola dinámica. Lo político se configura sobre lo consanguíneo, no como resultado de un proceso independiente. Gentilicio es por ello un término adecuado, como se ve en las interpretaciones de Torelli¹⁹ sobre la Italia prerromana, al tratar de la configuración de las aristocracias gentilicias. Lo gentilicio representa un vehículo del cambio que funciona como concepto evidentemente muy productivo, entendido en su dinámica como eje de transformación de los lazos consanguíneos en vinculaciones protoclasistas, instrumento para la formación de dependencias en el origen de las formaciones protocidadanas. Luego, con la presencia romana, los lazos gentilicios fueron instrumento de integración donde desaparecerían absorbidos por los que aparentemente eran herederos de su funcionalidad como elemento de cohesión. La organización gentilicia sólo sobrevive en la dinámica de la presencia romana.

La continuidad y la renovación están presentes como un todo especialmente en la *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, objeto de debate.

¹⁵ GONZÁLEZ, M^oCruz, SANTOS, Juan: *Revisión de Historia Antigua. I. Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península Ibérica*. Vitoria, Universidad del País Vasco, 1994, 240 págs.

¹⁶ BARBERO, Abilio, VIGIL, Marcelo: *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*. Barcelona, Crítica, 1978, pág. 36; *Sobre los orígenes sociales de la reconquista*. Barcelona, Ariel, 1974, pág. 28.

¹⁷ CLAVEL-LÉVÊQUE, Monique: *Atlas des Cadastres de Gaule. 1. Le réseau centurié de Béziers B. Besançon*, Centre de Recherches d'Histoire Ancienne, 1995.

¹⁸ Ver el Prólogo de GONZÁLEZ, M^oCruz, SANTOS, Juan: *Revisión de Historia Antigua. I. Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península Ibérica*. Vitoria, Universidad del País Vasco, 1994, pág. 9.

¹⁹ TORELLI, Mario: «Rome et l'Etrurie à l'époque archaïque», en *Terre et paysans dépendants dans les sociétés antiques*. París, CNRS, 1979, 251-311.

La crisis del siglo III y la germanidad, entendida como ámbito de formaciones gentilicias en transformación, se entrelazan como un todo que funciona a modo de elemento de potenciación de los sistemas gentilicios de la época romana. La continuidad aparece así unida a modos de transformación dramática. En esta tensión se explican los nuevos contenidos de los términos *servi*, *coloni*, *fides*, en un ambiente en que, como en la Grecia de la Guerra del Peloponeso según Tucídides, se alteran los contenidos de las palabras. Las clientelas y el *dominus*, desde las realidades clásicas del mundo romano, se transforman en vehículos para la creación de la nueva realidad representada por los *patroni*. La globalidad histórica se entiende como pervivencia de instituciones romanas en una nueva organización donde renacen transformadas modalidades prerromanas y formas de dependencia propias de la sociedad gentilicia. La crisis es la crisis de la sociedad antigua, pero, dado que ésta es heterogénea y los factores adicionales son también heterogéneos, el proceso es igualmente múltiple, sólo unificado por el hecho de que desaparecen los factores cohesionantes del imperialismo esclavista. No es perceptible por la crisis lineal de la ciudad, sino por la transformación global en que se encuadran las transformaciones cuantitativas y cualitativas del mundo de la *civitas*, de sede del evergetismo pagano en ámbito de la caridad cristiana²⁰.

La Historia Antigua de la Península Ibérica se enfoca como estudio de la realidad de sociedades cambiantes que no siempre es fácil de percibir en su mismo proceso de cambio. En efecto, el pensamiento dialéctico no es fácil de captar para mentes acostumbradas a la lógica aristotélica donde predomina el principio de la no contradicción.

Aquí, en la obra de Vigil y Barbero, el protagonismo recae en los desarrollos desiguales dentro del proceso de la crisis, en la renovación y en la permanencia, con ritmos distintos de decadencia, y en la reaparición de rasgos gentilicios aparentemente desaparecidos, realmente ocultos tras otro proceso dominado por los pueblos que ejercen la hegemonía económica y cultural. Por ello son aprovechados en su momento para consolidar el poder romano, pero también, después, para encauzar su crisis en el tránsito hacia la Edad Media, tanto dentro del ámbito de los reinos germánicos como fuera de ellos, concretamente en el mundo de los astures, donde se creará un reino astur cargado de significación en el tránsito a la Edad Media. La transformación se enmarca en procesos dramáticos protagonizados por los campesinos. Estos fundamentos sociales móviles serán los que permitan la aparición de ese nuevo reino, que es al mismo tiempo escenario de la continuidad de conflictos como los protagonizados por las comunidades cántabras y astures en época imperial.

Ello se enlaza con la dinámica de la misma dominación romana, tal como se percibe en el caso de los vadinienses²¹. Las relaciones entre romanos e indígenas se insertan en la coherencia total del imperio, entendido como conjunto de elementos heterogéneos, incluidos los aspectos que entran en contradicción con los rasgos dominantes del mundo romano. Todavía dentro del Imperio, las con-

²⁰ PLÁCIDO, Domingo: «La *civitas* cristiana: nuevo marco de integración y marginalidad», en LOMAS, Francisco Javier, DEVIS, Federico: *De Constantino a Carlomagno. Disidentes, Heterodoxos, Marginados*. Universidad de Cádiz, 1992, 121-133.

²¹ VIGIL, Marcelo: «Los vadinienses», *Lancia. 1. Cántabros y astures (Bimilenario de las guerras cántabras)*, 1983, 109-117.

diciones particulares de ciertas comunidades les permiten iniciar un proceso que sólo pueden completar en el desarrollo de la crisis del sistema unitario representado precisamente por el Imperio.

Asimismo, los movimientos campesinos se definen como fenómenos donde confluyen el factor bárbaro y las organizaciones gentilicias. La crisis revela la realidad representada por un campesinado dependiente extremadamente heterogéneo al final del Imperio romano, resultado de una acción cohesionante que, al mismo tiempo, potencia formas específicas de reacción. Ello permite la formación de una nueva coherencia donde el *dominus* se iguala al *patronus* y los libertos a los patrocinados. Ése es el ambiente que permite la transformación del contenido del término *servus*, extremo que hoy crea líneas de investigación que tal vez deformen las realidades sociales del proceso de formación de la sociedad feudal.

Las religiones orientales, por su parte, en el margen y en la integración, encuentran su principal protagonismo en su faceta cristiana, la que se adapta y al tiempo conserva vinculaciones con los aspectos primarios de la producción y la reproducción, enlace con las sociedades prerromanas, pero también con la religión de los primitivos romanos. En este ámbito se muestra asimismo la dinámica de las relaciones entre realidad e ideología, a través de sus propias formas de patrocinio clientelar.

Se añade la dinámica en que los godos se transforman en defensores de la propiedad de tipo romano y por tanto en herederos del Imperio. Al identificarse con la clase dominante romana, colaboran a la transformación de las clases dominantes del Imperio y, por tanto, al encauzamiento hacia la Edad Media de las nuevas formas de explotación. Por eso, los reinos son al mismo tiempo fenómenos nuevos y herederos del viejo sistema de organización del estado. De este modo, sus propias estructuras solidarias sirven de fundamento para nuevas estructuras de dominación.

Se crea así un ámbito favorable al desarrollo de formas tributarias y de otros aspectos para lo que pueden existir paralelos en Bizancio, como sistema de imposición dominante en estados fuertes asentados sobre comunidades libres. En ello se muestra una vez más la coincidencia con las otras formas de desarrollo de la propiedad bajoimperial. Los nuevos poderes se encuentran asentados en dependencias colectivas y crean así nuevos enlaces con la comunidad, que con su fragilidad favorece la iniciación de nuevos cambios, para consolidar nuevas formas de explotación.

En conclusión, desde el principio al fin de la obra individual y conjunta de Vigil y Barbero, en sus estudios de Historia Antigua, la presencia dominante corresponde a la de la dinámica en la formación de los estados, antiguo y medieval, a la aparición de formaciones estatales en su dinámica interna y en sus contactos. Así, la totalidad derivada de los planteamientos concretos de la historia de España se convierte en el elemento unitario que resuelve la multiplicidad. Ello especialmente porque a todo lo largo de la obra se encuentra presente un enorme dinamismo que refleja en todo su alcance el dinamismo real de la historia.